

Mi abuelo, mi madre y yo

Cuando mi madre llegó a Madrid, comenzó a oír y a ver todo aquello que mi abuelo le contaba. Descubrió por ejemplo, la sonrisa blanca de los negros y los ojos que, según él, era lo único que se les veía cuando era de noche. Escuchó también expresiones como la de “tirar la basura” (allí se dice “botar la basura”) que él siempre le corregía y ella nunca le hacía mucho caso, hasta que comenzó a formar parte de esto y empezó a recordar lo otro en función de las anécdotas que su padre le contaba.

Al parecer, él fue marino, o tal vez soldado, aún es un misterio. La cosa es que llegó a Chile a mediados de los años veinte. Vio él la melena negra de mi abuela y se enamoraron. Se fueron juntos a vivir su amor en la pobreza, porque fueron más pobres que las ratas. En la estancia donde vivían, era él el único campesino que sabía leer y también hablaba inglés. Eso le permitía hablar directamente con el patrón, lo que no les aportaba ningún beneficio. Leía el periódico en voz alta para el resto de campesinos y contaba también historias de Europa. Nunca aprendió a usar las ojotas (sandalias del campo chileno). Acabó alcohólico y nunca regresó a Europa.

Mi madre se vino a España. Luego vinimos nosotros, los nietos de mi abuelo y los hijos de mi madre a “tirar la basura” y a calzarnos “sandalias”.

Roxana Villagra Covajardo (Chile/España)